

Legacy of Kain: Blood Omen (+17) [EDITANDO]

Deni Leyn



Capítulo 1

La Sangre de las Épocas

Existe un proceso mágico de vital importancia: El comienzo de un nuevo eón. Cuando hay que cumplir una promesa, el planeta entero debe ser bañado en sangre.

Mucho antes de que peligrara el equilibrio en Nosgoth, hubo una época que sentenció a sus entonces sagradas tierras y la preciada vida de sus habitantes a un destino mucho peor que recibir el ahora tan codiciado beso de la muerte.

Nombrar como *testimonio fiable* a las secuelas que dejó aquel evento sería pecar de ingenuo. El sólo movimiento de una piedra, o el desgaste de un mural, o que de las ramas de un árbol se desprenda una hoja de más puede alterar los hechos y curso de la historia. Y si no vemos más allá de lo que conocemos, estaremos condenados a repetir los mismos errores de forma inconsciente.

Antes del estallido de una fría y sangrienta guerra entre dos bandos, tres razas convivieron en armonía: Los Antiguos, seres alados, poderosos y justos; los Hylden, criaturas tecnológicamente expertas y rasgos similares a los de un demonio y estructuras esqueléticas, y los humanos, individuos completamente diferentes a los otros dos y más débiles. Estos últimos se mantuvieron alejados del campo de batalla.

Durante una noche de tormenta, los Antiguos, hartos del derramamiento de sangre, dieron con un único método que les garantizaría la restauración de la paz que los Hylden habían quebrado en esos mil años de conflicto: Una dimensión paralela, coloquialmente conocida como Dimensión Demoníaca. Aseguraron su eterna prisión con un poderoso sello creado a partir de la edificación de nueve pilares, que dotaron con poderes mágicos: Mente, Dimensión, Conflicto, Naturaleza, Energía, Tiempo, Muerte, Estados y Equilibrio. El noveno pilar era el más importante de todos, con el que relacionaron y apoyaron al resto para equilibrar las energías emanadas por cada uno.

Los Pilares se fundieron en un fuerte abrazo a Nosgoth como una madre a su hijo. Si algo le ocurriera a esta tierra, afectaría a los Pilares, o viceversa. Y así como un rey nombra a su sucesor, cada uno nombró a los Antiguos como sus guardianes, teniendo la ardua tarea de cuidar su respectivo Pilar.

No obstante, la raza alada no contó con que los Hylden, antes del exilio, los maldijeran con la inmortalidad, la esterilidad y una intensa sed de sangre. Privados del derecho a formar parte de la Rueda de la Vida, su Dios los abandonó; para volver a ser aceptados por éste, en la desesperación, varios recurrieron al suicidio. Pocos conservaron la cordura e intentaron sobrellevar su *enfermedad*. La extinción de esta raza lucía inevitable y corrían el riesgo de que los Pilares se quedaran sin guardianes que escoger. El sello se rompería.

Por ser la única especie impune, los humanos se convirtieron en los nuevos guardianes... con una siniestra condición: Una vez alcanzada la adultez, recibirían el *Don Oscuro*, como se le conoce al vampirismo. Fue difícil para ellos esta etapa. No tenían elección alguna: O aceptaban su destino o *lo aceptaban*.

La barrera permaneció intacta... por un corto lapso. No todos los humanos estuvieron dispuestos a renunciar su humanidad y resucitar como bebedores de sangre. Tampoco toleraron que su propia gente fuese usada como ganado. Clamaron ser los dueños y señores de los Pilares, ignorantes de su verdadero propósito, e iniciaron una rebelión contra los Antiguos.

En las orillas del Gran Lago del Sur, un gran cuerpo de agua situado aproximadamente entre el Lago de la Serenidad y los Pilares, el Círculo de los Nueve, conformado por los nueve guardianes humanos y hechiceros, fundó una congregación religiosa y guerrera bautizada como la Hermandad Sárafan. También se la conoció con otros nombres: Los Sacerdotes Guerreros Sárafan; la Orden Sárafan; los Ángeles de la Luz o, secamente, Sárafan. Su objetivo principal era la erradicación de los vampiros y estuvo comandado por el Paladín Malek, quien condujo al ejército a muchas victorias.

La cruzada dio sus frutos con el paso de los años.

Lejos del alcance de sus verdugos, el último Antigo se escondió en su guarida. En una mañana nevada, siete guerreros obtuvieron acceso al refugio y se llevaron el corazón como trofeo. Esta reliquia fue nombrada *Corazón de la Oscuridad* y la mantuvieron oculta con recelo de malas manos.

A pocas horas del atardecer, el Círculo de los Nueve recibió una peligrosa visita del primer humano convertido en vampiro y discípulo de aquel alado martirizado, empuñando con sus garras su temerosa espada. Con hambre de venganza y sed de sangre, desató su cólera contra seis de los nueve hechiceros, que intentaron defenderse del atacante mientras bramaban el nombre de su protector:

—¡¡Malek!!

El primer hechicero se percató muy tarde lo que estaba ocurriendo con la energía que fluía de sus enguantadas manos: como una débil chispa, se encendía y se apagaba. Y un doloroso e intenso calor surgió de sus entrañas. La cuchilla hizo añicos su carne, órganos y huesos cuando su filo le atravesó el abdomen. Había bastado un solo parpadeo para tener muy de cerca al vampiro sujetándolo del hombro con su mano libre y sonriéndole, complacido, por «haberse ofrecido» como su primera víctima y por «permitirle» dar el siguiente paso a su venganza.

El miedo paralizó a sus camaradas ante la rapidez como la de un rayo con la que el intruso atacó a uno de sus hermanos sin que este pudiera actuar a tiempo y sin que ellos pudieran evitarlo.

—A-ay-u... Co-corr... M-a-le... —Su voz apenas era audible, y el desorden de pensamientos que estaba sufriendo no ayudó mucho a descifrar lo que intentaba comunicar a sus hermanos.

Vorador extrajo la espada del anciano empujándolo hacia atrás, dejando que su cuerpo chocara contra el suelo y agonizara por la pérdida de sangre. Antes de que éste expulsara su último suspiro, el vampiro lo obligó a ser testigo de cómo eliminaba al resto del Círculo; su alma sería atormentada por su pusilanimidad por toda la eternidad.

No le sorprendió en lo absoluto que los otros no recurrieran a su magia para salvarse de su merecida sentencia; no eran más que cobardes jugando a las escondidillas, mientras que los demás hacían sus deberes y eran sus escudos de carne.

Con su mano izquierda, Vorador invocó una potente descarga eléctrica y disparó contra el segundo hechicero. Comenzó a calcinar cada extremo de su aprisionado joven cuerpo tanto dentro como por fuera, deleitándose con la agonía de la mujer, que no parecía sobrepasar los treinta años de edad.

En su corta vida, jamás había sentido tal insoportable aflicción. Suplicó a su ausente hermano, al guardián de la Muerte, liberarla de esta pesadilla lo más pronto posible. El diafragma colapsó cuando la corriente transitó por la zona torácica. Sus maltratados pulmones se tulleron repentinamente. El poco oxígeno que le quedaba lo expulsó en ensordecedores gritos inhumanos, mezclados con dolor, miedo y desesperación.

El olor de la carne humana achicharrada es muy diferente a la de los animales, llegando incluso a incomodar y horrorizar. Si estos miembros del Círculo hubiesen sobrevivido, habrían contado en primera persona lo desagradable y traumatizante que fue el asesinato de esta desgraciada

guardiana.

Finalmente, el corazón de la hechicera sufrió una fuerte sacudida como las campanas de la Catedral del Averno y murió de un paro cardíaco. Su cadáver estaba irreconocible. ¿Alguna vez se trató de una bella guardiana de los Pilares, uno de los importantes miembros del Círculo de los Nueve?

—¡iMALEK!! —bramó con fuerza la tercera hechicera y próxima víctima, aterrada y con la mente totalmente bloqueada como para recordar de principio a fin sus hechizos o las palabras correctas y su orden.

Sus ojos marrones llenos de lágrimas e irritados, la saliva escapando de su boca, su nariz moqueando, su piel oliva palideciendo... ¡Qué estado tan lamentable y desagradable de ver en una guardiana!

El cuarto hechicero, aprovechándose de la distracción del vampiro con su compañera, empezó a escabullirse sigilosamente entre las paredes, alejándose lo que más pudiera del escenario. ¡Vaya tonto al pensar que el monstruo no estaba al tanto de sus movimientos!

Los otros dos no hicieron más que temblar y rezar porque sus vidas fueran perdonadas.

¿Cuánta cobardía pudo haber en estos humanos? ¿Cómo fue posible que ninguno de los presentes confrontara a este temible hijo de la noche?

La venganza de Vorador era como el dominó: Con la caída del primer guardián, un efecto en cadena inició. No le preocupaba que su oscuro deseo se estuviera cumpliendo tan fácilmente. Lo único que quería era ver sus rostros retorciéndose por el terror y la desesperación, y embriagarse con sus llantos y la manera en la que llamaban al Paladín. ¡Que pagaran con su sangre y con sus vidas la fría ejecución de su Maestro!

—¡Llama a tus perros! —exclamó Vorador, revelando su diversión y goce en su voz—. ¡Se pueden dar un festín en sus cadáveres!

Para cuando el guerrero Sárafan hizo su aparición, cargando su lanza con las dos manos, ya era demasiado tarde para cumplir su rol como Protector del Círculo de los Nueve.

El delgado y femenino cuerpo de la tercera hechicera fue hinchado hasta reventar, decorando las paredes y el suelo de la antes tranquila y aburrida habitación de piedra con su sangre y vísceras. El único hechizo capaz de realizar tal crueldad era *Implosión*, y un solo individuo sabía invocarlo...

«Entonces esto es obra suya...», dedujo Malek.

El cuarto guardián sirvió para alimentar la intensa sed de su asesino. Había marcas de dientes en su desgarrado cuello, como si fuera obra de un lobo salvaje.

Instalado en el centro y con cuatro velas en los bordes, que representaban los puntos cardinales, cuya función era mostrarles las zonas de Nosgoth que los hechiceros desearan ver, la cristalina agua del gran cuenco fue teñida de carmesí –gracias a este instrumento, observaron maravillados el asesinato del Antiguo–. Las cabezas de los dos últimos hechiceros fueron un *espléndido* agregado. Sus paralizadas expresiones faciales manifestaban el haber sido testigos de un suceso atroz.

Encolerizado, el Sárafan buscó al causante de tal masacre por toda la sala. Pero solamente había cadáveres desparramados en el suelo y el pestilente olor de la muerte impregnado en el aire. Por más que se esforzara, no hallaba rastro alguno de su objetivo... Como si se hubiese hecho niebla...

Horas más tarde, el glorioso Paladín Malek fue encontrado tendido en el suelo... sin vida.

§

Levantado por unas cadenas que aprisionaban sus manos y pies, desnudo y a metros del negro suelo, Malek, anonadado, intentó reconocer su actual ubicación analizando... ¿la Nada misma?

Pocas antorchas iluminaban el escalofriante y oscuro lugar. No había corrientes de aire. Extraños símbolos amarillos dibujados en el suelo y formaban un círculo dentro de otro, en total, tres; él estaba en medio. ¿Podría estar dentro de una cueva? Pero ¿cómo era posible? ¿Y por qué no recordaba nada de lo sucedido en la fortaleza, después de haber llegado a la habitación donde los seis guardianes de los Pilares, asesinados a sangre fría?

Delante, a pocos metros de distancia, había una gran roca. De pie y cerca del borde se presentó una figura anciana. Vestía una larga túnica de colores rojos y negros con bordes dorados, en su pecho sobresalía una imitación de las costillas, otorgándole un toque espeluznante junto con los cuernos que adornaban sus hombros, uno en cada lado. Cubría su cabeza con la capucha, y su rostro se veía cadavérico, como representando a la

misma Muerte.

Entonces Malek comprendió enseguida lo que estaba pasando al reconocer aquella persona.

—¡Por fallarle al Círculo —habló éste, con una gruesa e imponente voz, capaz de intimidar a cualquier ser viviente—, Malek, de los Sárafan, estarás desde ahora maldito!

Como si hubiera recitado un conjuro mágico con aquellas palabras, repentinamente su armadura hizo aparición enfrente de sus ojos y sintió cómo su alma abandonaba su cuerpo.

—¡Los placeres de la carne ya no te pertenecen! —sentenció el guardián de la Muerte.

Observó cómo el Paladín examinaba su nuevo recipiente: Su propia armadura cobraba vida si él realizaba una acción tan sencilla como levantar su brazo izquierdo para encontrarse solamente con el avambrazo. Ni hueso ni carne ni piel. Un avambrazo. Una armadura maldita...

—Tú, maldito —prosiguió—, ahora tienes un solo objetivo: ¡Nos servirás para toda la eternidad!

§

Quinientos años de la masacre del Círculo de los Nueve.

Los Pilares continuaron nombrando nuevos guardianes humanos a pesar de aquella tragedia que formaría parte de la rica historia de Nosgoth. Los Pilares del Tiempo, de la Muerte y del Conflicto aún conservaron a sus dos primeros hechiceros-humanos y el reemplazo de una de las víctimas de la masacre. Los demás tuvieron sus sucesores.

Irónicamente, esa fecha significó un golpe muy fuerte para la Hermandad Sárafan, uno del que jamás pudieron recuperarse: El haber perdido a seis de sus excelentes guerreros y a su líder los perjudicó. Los siete habían muerto el mismo día, dentro de la fortaleza, cada uno en una zona diferente y con minutos de diferencia. Comenzaron a perder fuerza con el paso de los años, hasta desaparecer. Los vampiros que no pudieron eliminar recuperaron su número y sembraron el terror en Nosgoth.

Aunque el legado de los Sárafan perduró con nuevos cazadores, la amenaza vampírica no disminuía debido a ciertos factores: Estos

cazadores eran independientes, raras veces se los veía en grupos, y no trabajaban gratis. No todos los ciudadanos podían darse el lujo de pagarles para proteger sus hogares; tuvieron que resignarse a cuidarse solos.

Lejos de este brusco y desagradable cambio para los humanos, una hermosa hechicera indicó su regreso de la residencia de su amante con el eco de sus tacones golpeando el suelo de piedra, bajando primero las escaleras y dirigirse hacia la habitación a realizar su importante tarea. Su larga y ondulada melena rubia danzaba durante su caminar y cubría sus hombros. Su delgado cuerpo lucía un precioso vestido rojo sangre con toques dorados de mangas largas, resaltando su sonrosada piel. Los antebrazos apretaron sus abultados senos cuando llevó sus manos a su pecho, cerca del corazón, y dejó escapar un suspiro de sus finos y rosados labios. Nuevamente estaba pensando en su enamorado y en tan bellas, aunque también empalagosas, palabras que le había dedicado: *«Eres el Equilibrio de mi Mente. Vivo con el único pensamiento de amarte y protegerte. No hay un solo día en el que no te recuerde. Tu sola presencia agita mi corazón. Tu tacto hace que mi cuerpo arda y desee hacerte mía. Tu dulce voz es una melodía para mis oídos. Tus ojos encontrándose con los míos, ino he contemplado jamás tal belleza! Mi amada Ariel, prometo estar contigo en la vida y en la muerte.»*

Pero tenía que aislar todos los pensamientos triviales que invadían su mente. Como guardiana del Pilar del Equilibrio, sus deberes no debían ser obstaculizados y debían realizarse impecablemente. Nada tenía que perturbar a Nosgoth ni a su Pilar.

Parada delante de una dorada balanza clavada en la rocosa pared, Ariel utilizó sus dones mágicos creando fuego en ambas cuencas con sus delgadas y blancas manos, sintiendo el calor de las llamas y cómo su poder fluía por todo su cuerpo. De este modo, anunció el comienzo de su faena.

Sin embargo, tan fuerte era su concentración que fue incapaz de oír a tiempo el pequeño rechinido de la puerta abriéndose y los leves pasos que tocaban el frío piso...

Una filosa cuchilla fue enterrada en su espalda antes de que pudiera reconocer a su asesino. Su desgarrador grito resonó por toda la habitación y nadie, más que ella y el desconocido, pudo escucharla. Se negaba a tomar la huesuda mano de la Muerte. No podía despedirse de Nosgoth ahora mismo ni de esta manera. Tampoco podía dejar solo a su amado... Inútilmente intentó ponerse de pie buscando aferrarse de la balanza izquierda que, como era de esperarse, acabó inclinándose más de lo permitido y manchándola de su sangre.

Ariel exhaló su último suspiro de vida.

El equilibrio en Nosgoth dejó de existir y la corrupción abrazó a los Pilares.

Capítulo 2

Capítulo Uno:

El Nacimiento del Hombre

Las estrellas se rehusaron a ser testigos del nacimiento que marcaría un antes y un después en la historia de esta tierra medieval.

Aun si la primavera se manifestó con su característica belleza y calidez, el gélido aliento del invierno siempre haría su entrada cuando la luna reemplazara al sol. No hubo nubes que ocultaran el frío azul de la noche. La luna derramó su brillo por las calles de la ciudad de Coorhagen y, curiosa, se adentró en los aposentos de la mansión de una familia aristócrata.

Postrada en la cama matrimonial y sujetando la mano de su esposo, una joven agonizaba en las tortuosas horas de parto.

El doctor y sus parteras estaban retrasados. Hacer esperar a un noble nunca sería una buena idea: Sus cabezas serían el precio a pagar. El castigo menor sería treinta azotes en la espalda, si es que el paciente sobrevivía durante la atención médica.

Los sirvientes hacían todo lo que podían y tenían a su alcance: Humedecían la frente de su Señora utilizando un paño que remojan en un cuenco de cristal, abrían las ventanas para ventilar la habitación, la hidrataban dándole de beber agua fresca e imitaban la intención de su Señor guiándola con la respiración o entreteniéndola.

La pobre futura madre sufría como un alma en pena en el Inframundo suplicando que pusieran fin a su tormento. ¿Qué podían hacer unos inexpertos que, de milagro, conocían los pasos básicos?

—Si el doctor no toca las puertas de la residencia para atender a nuestra Señora, nosotros lo intentaremos —comentó una adulta.

Trajeron un cuenco grande preparado para bañar al recién nacido, toallas limpias y tijeras de costura. El superior no estaba seguro de si dejarlos continuar o esperar al profesional con sus parteras, pero no tuvo más remedio que permitirles actuar tras oír los gemidos de dolor y ver a su amada retorcerse y arrugar las sábanas con sus manos y pies. Pusieron detrás de su cabeza y espalda varias almohadas para acomodarla, le subieron la falda del blanco camisón hasta los muslos y la ayudaron a levantar las rodillas.

El primer y desgarrador grito alteró al esposo y ella apretó aquella mano —juró haber escuchado y sentido el crujiir de sus huesos— que estuvo

acompañándola en el preciso momento que la primera contracción había hecho su ataque. Liberó el segundo con mucha más fuerza, asustando a los presentes que le ordenaban, ya no muy convencidos, continuar con el trabajo de parto.

Aun si el dormitorio estaba instalado en el cuarto piso de la mansión, los alaridos resonaban por todo el pueblo. Varios de los plebeyos creyeron que torturaban a la aristócrata o le practicaban un exorcismo.

La muchacha se preguntaba si su alma, sin percatarse, ya había abandonado el mundo físico y cruzado las puertas del mundo espectral, atrapada en un bucle de eterna agonía para pagar por sus pecados.

—¡Veo la cabeza! —exclamó entusiasmada una anciana—. ¡Es la cabeza, mi Señora! No se rinda.

Pero ésta no escuchó la encantadora noticia. Su mente estaba aturdida, sus ojos le escocían y lagrimeaban como una cascada y se mezclaban con las gotas de sudor de su rostro.

—¡Sáquenlo de mis entrañas! —ordenó histérica, cerca del próximo clamor angustiante.

La tela del camisón se adhería a su delicada y sonrosada piel. La cabeza le daba vueltas, impidiendo ver con claridad su entorno. De repente, Havva cargó todo su peso en las almohadas e intentó recuperarse un poco, inhalando y exhalando con dificultad. Estaba tan cansada que, ahora sí, tuvo una serena pero escalofriante sensación de abandonar el recipiente de carne y huesos.

Moriría si decidía continuar con ese brutal esfuerzo. Su cuerpo era débil para dar a luz a la próxima cabeza de la familia. Su esposo lo sabía, siempre lo supo, pero su arrogancia y necedad hicieron que ignore el peligro que ella podía correr con tal de tener un heredero fuerte y capaz de seguir los pasos del conquistador. Ladeó la cabeza para cruzar su mirada con aquellos ojos oscuros que contemplaban el sufrimiento de la futura madre. Quería rendirse, deseaba rendirse.

—Un empuje más, mi amada, y todo acabará —respondió como si le tuviera compasión, y besó el dorso de su blanca mano—. Nuestro hijo está cerca y podrá abrazar a su madre. Sé que puedes.

¡Cuánta falsedad en pocas palabras! Para nada su preocupación estaba enfocada en ella sino en ese niño. Si algo salía mal con él, Havva sería señalada como la principal responsable de su desgracia. Pero, por más odio que le guardase a Adam, era consciente de que el pequeño no tenía culpa del acontecimiento. Y decidió, por ese niño, sostenerse y retomar la

tortura.

¡Un llanto! El dulce canto para una madre, el único que podía adormecer el dolor que estuvo atormentándola para traerlo al mundo.

—¡Es un varón! —informó la anciana, sujetándolo en brazos.

Havva no estaba segura de si esa felicidad que la invadía era por el nacimiento de su primogénito, o porque este fuese varón, o porque todo había terminado. Fuera la respuesta que fuere, sí podía asegurar una sola cosa: Quería conocerlo.

Después de bañarlo y envolverlo en una manta amarilla, entregaron al recién nacido a su madre, ella estiró sus delgados brazos y lo cargó, sintiendo el peso del pequeño cuerpo y la calidez de su carne. Sus mechones eran oscuros como las plumas del cuervo y suaves para el tacto, una tez sonrosada y luminosa, y el iris como los de su padre.

—¿Cómo lo bautizaremos? —inquirió la joven madre, sin apartar sus ojos ámbar de su retoño.

—Tiene que ser un nombre imponente —contestó el ahora padre, observando a su heredero—. Un nombre que genere temor de ser nombrado o escuchado, uno que Nosgoth recordará por toda la eternidad, un nombre que marque historia.

§

—Pobrecito —habló una niña de larga melena anaranjada como el otoño, con voz melodiosa y lastimera. La falda azulada de su elegante vestido se empapó con el rocío del mañana al arrodillarse en el césped para estar cerca del cachorro que yacía acostado, que lloraba por el dolor que recorría todo su cuerpo, manchado con su propia sangre y con una pata rota—. Debemos hacer algo.

Su compañero, dos años mayor que ella, fue testigo de la solidaridad de su ingenua prima. No se tenía que ser un adivino para asegurar que las heridas de ese perro eran graves. ¿De dónde saldría, si no, su sangre? Alguien había perforado la zona del hígado. Seguramente llevaba mucho tiempo agonizando en el bosque, posiblemente cerca del amanecer y, por obra de un milagro divino, logró permanecer en las tierras de Nosgoth. Moriría aun si lo cargaban y corrían hacia la mansión de Coorhagen para

curarlo.

—Morirá aun si entregas tu alma —dijo Kain con indiferencia—. Vámonos.

—¡No! —exclamó Lucrecia, poniéndose de pie—. Hay que hacer algo.

El de cabellos oscuros, frustrado, dio media vuelta y le ordenó quedarse con el cachorro, que regresará con unas hierbas curativas con las que fácilmente podías cruzarte entre los árboles. Obviamente, su promesa era una vil mentira para idear un modo de cómo matar a ese animal que suplicaba entrar al otro mundo sin que su prima lo notase; sería muy obvio empuñar su daga delante de ella, y sus ganas por dañarla incrementarían al tenerla muy cerca.

—¡Qué fastidio! —alzó la voz, endureciendo ligeramente el tono, lejos de ella—. ¿Y debo casarme con ésta? Un cadáver es más útil para esposar... Aquí está bien —musitó y detuvo sus pasos.

Hincó su rodilla izquierda en el suelo, dejando la otra levantada, y agarró un par de hojas secas para estrujarlas entre sus manos, imaginando que lo que sujetaba era la cabeza de su prima. Acomodó el saco de vestir en el suelo después de quitárselo y recogió varias sobre la tela. Empuñó la daga que acostumbraba a guardar en la funda de la cintura siempre que paseaba por las calles de Coorhagen o salía de la ciudad, la escondió entre los trozos de las hojas y la prenda. Hecha la tarea, irguió su cuerpo e hizo desaparecer el ceño fruncido de hace un momento atrás, antes de regresar con Lucrecia y el cachorro.

«—¿Seré el primer sospechoso si Lucrecia se pierde en las entrañas de este bosque? —preguntó para sí mismo, admirando a los grandes sabios que lo cubrían de los rayos del sol con sus ramas y hojas—. Mucho escándalo. Prefiero que caiga por las escaleras y la encuentren allí mismo. Sabrían dónde estuvo y qué le sucedió en poco tiempo, a diferencia de una ardua búsqueda por el bosque.»

—Hazte a un lado —nuevamente le ordenó, espantándola al tomarla despistada.

La niña obedeció a la petición de su primo y dejó en evidencia que había estado llorando durante su ausencia. Ese comportamiento tan débil irritó al joven aristócrata, que se obligó a conservar la compostura porque podría echar a perder su objetivo.

Kain se agachó delante del animal y agregó, teniendo cuidado de no revelar la daga:

—Estas hierbas ayudarán a darnos tiempo y calmará un poco el dolor.

Despacio y procurando que Lucrecia no sospechara de sus movimientos, envolvió con sus dedos la empuñadura... Sus ojos se cruzaron con los del desdichado animal, como suplicándole ponerle fin a su suplicio. «Lo sé», fue la respuesta que Kain le envió al correspondiéndole la mirada. Realizando un movimiento discreto pero rápido, detuvo el corazón del inocente enterrando la cuchilla de la daga. El canto de la caja torácica llegó a los oídos de su prima.

—¿Qué hiciste?! —interrogó, aterrada e histérica—. ¡Kain! —lo llamó, después de ser ignorada, y repite—: ¿Qué hiciste?!

—Hojas secas de los árboles —confesó, manteniendo la seriedad en su voz y enseñándole el resto de hojas que yacían en su mano izquierda, dejándolas caer al césped al inclinar la palma hacia abajo—. No prolongues el sufrimiento de alguien que te pide terminarlo. —Se puso de pie, mostrando intencionalmente la que estaba llena de sangre y todavía aferrada al mango—. Voy a enterrarlo —avisó, y buscó dónde hacerlo. Sus ojos no parecían reflejar emocional alguna, como si lo que acababa de hacer fuera normal o sin importancia.

—¿Y con qué? ¿Ahora sí irás a Coorhagen? —preguntó, indignada y sollozando.

—No necesito una pala para cavar en la tierra. —Sus rodillas nuevamente tocaron el césped y la hoja de su arma penetró la misma varias veces, arrancando el pasto y haciendo a un lado la tierra. Sabía de sobra que sus padres lo regañarían por haber estropeado sus caros ropajes—. Y prefiero hacerlo ahora.

—¡Eres un...! —«Asesino» era la palabra que deseaba exclamar. Mirándolo con desprecio, todavía con lágrimas empapando sus coloradas mejillas y presionando sus dientes, apretó sus manos hasta formar los puños—. ¡Te odio, Kain! —Sus piernas la guiaron más adentro del bosque que desconocía, alejándose de su primo y aumentando la distancia del camino de regreso a la ciudad.

—¡Tonta! ¡Te perderás! —gritó la futura cabeza de la familia, poniéndose de pie para ir tras ella, aún sosteniendo el cuchillo con la mano derecha. Murmuró, más para sí mismo que para cualquier otro ser que estuviera en el bosque—: Detesto a los débiles.

—No debiste ser duro con tu prima —contestó Havva con voz dulce y maternal—. Y tienes que tomar un baño y deshacerte de esta ropa —agregó, mientras se sentaba en la orilla de la cama de su hijo—. Pediré a uno de los sirvientes que te prepare la tina.

Kain se había encerrado en su dormitorio en cuanto regresó del paseo con Lucrecia, sucio y malhumorado. Una de las criadas le había sugerido tomar un baño y entregarle las ropas, pero él hizo oídos sordos y dejó a la chica con la anciana.

—¡Es una tonta! —sentenció severo, haciendo caso omiso a la petición de su madre.

—Sólo tiene diez años —le recordó—. Sé que la edad no es un detalle que te importe. —Como su madre, lo conocía tan bien como la palma de su mano—. Los dos han recibido una educación diferente. A Lucrecia se la prepara para ser tu esposa y compañera. Más adelante, como debe ser, le enseñarán historia, política y economía. Por ahora, está aprendiendo el arte de la música y de la caligrafía.

—No somos tan diferentes —opinó confundido—. A mí también me preparan para ser su esposo y compañero.

—Como futuro Patriarca de la familia —corrigió. Havva suspiró, antes de referirse a lo ocurrido en el bosque—. La cacería es un deporte. Tu padre te ha llevado y has aprendido lo que significa la muerte. También a comprender la diferencia entre matar por diversión y por piedad. Oí que lo has puesto en práctica recientemente, ¿cierto? Lucrecia es ajena a ese mundo. Todo lo que conoce de ello es el miedo.

—Bueno, hoy, aprendió algo nuevo —comentó sarcástico, encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza—. ¡Oh! Si supieras lo que aprenderá estando a mi lado, madre. Y no voy a protegerla ni por ni para siempre. —Kain se llevó las manos a la cabeza y enredó los dedos en sus cabellos—. ¡Antes, acabaré enviándola al manicomio!

La adulta nuevamente suspiro, ahora resignada, y apoyó su mano izquierda en la cabeza de su hijo, seguido de un abrazo que este tanto detestaba por la incomodidad al contacto con terceros, el tener que pegar su cuerpo al del otro y ser rodeado por el par de brazos.

—Mamá... —murmuró, haciendo a un lado los castaños mechones de su madre que le obstruían su campo visual—. Parezco haber salido de la tierra. Tu vestido se arruinará.

—No me importa —musitó alegre, con una gran sonrisa en sus rosados y finos labios.

Si bien Kain aborrecía esa clase de unión, todo cambiaba cuando se trataba de la mujer que había aceptado cuidarlo con valor y amor en su vientre y sufrir una espantosa pesadilla y lucha en el noveno mes para darle la bella oportunidad de conocer los paisajes de Nosgoth, a sus habitantes y, por supuesto, a sus progenitores. En cambio, Adam, su padre, se conformaba con acariciar su cabeza al punto de despeinarlo; desconfiaría de él si algún día lo rodease en sus brazos protectoramente.

«Cuando llegue ese día, no reconoceré a mi propio padre.»

§

Evadiendo las fechas de casamiento con Lucrecia, su ingenua e inocente prima, por dieciocho años, un Kain treintañero se encontraba nuevamente de viaje, alejándose por unas semanas de su pueblo natal y así regresar para, otra vez, escapar de su responsabilidad. Gozaba de su rica y libre vida. Un anillo dorado en su dedo anular no se lo arrebataría. Tener que compartir parte de su existir con aquel miembro de la familia en lo absoluto le agradaba. Mucho menos tener que hacerse cargo de pesados deberes como la futura cabeza. También tendría que dejar, como si de una amante se tratara, las divertidas peleas en las tabernas y en el campo de guerra para atender asuntos sumamente aburridos.

—Como la paternidad —se quejó en voz alta.

No estaba preparado para aceptar esa nueva vida, y parecía que nunca estaría dispuesto a abandonar lo que tanto amaba. Se negaba rotundamente a darle un giro de ciento ochenta grados a su biografía.

La sequedad de su garganta y el gruñido de su estómago lo apartaron de sus pensamientos, ordenándole saciar su sed y hambre.

—¡Oh, maldición! —protestó, observando a la luna ocultarse entre las espesas nubes del azulado y poco estrellado cielo, envolviendo a Nosgoth en la oscuridad—. Perdí la noción del tiempo. —Golpeó su sien con la mano derecha y soltó un pesado suspiro.

Para su *buena* suerte, llegó a una pequeña aldea, considerado un lugar pobre y violento, camuflado con bellas cabañas, vegetación cuidada, exquisitamente iluminada por faroles de hierro con velas en su interior y

el camino empedrado: Ziegsturhl.

Al cruzar el puente de madera y encontrarse con una aldea desierta, el noble de cabellos oscuros como el carbón, despreocupado y armado con la espada que su padre le había regalado por su decimoctavo cumpleaños, que había estado cuidando desde entonces, buscó una taberna que pudiese brindarle su elixir de la vida y cuyas puertas estuviesen a su disposición.

Dos moteles y una taberna aún trabajando. Los demás comercios tenían sus luces apagadas y cadenas abrazando sus puertas, perfectas para interferir el acceso a su interior. Los hogares, sin embargo, no mostraban estar protegidos desde el lado de afuera. Ni siquiera en las ventanas. Probablemente el sistema de seguridad estuviera instalado desde dentro... O carecían de uno y estaban obligados a turnarse para hacer guardia.

Para sus adentros, Kain agradecía el no haber nacido en Ziegsturhl ni en otro desagradable sitio de Nosgoth no porque hubiese vivido con miedo durante toda su vida o por la triste posibilidad de que un miembro de su familia acabase muriendo, hasta quedar solo. Tampoco porque hubiese llorado por culpa del hambre. ¡Jamás hubiese tenido sus carísimos lujos! ¿Cómo hubiese sido su vida sin estos? No se atrevía a imaginarlo siquiera. La sola idea lo espantaba.

La embriagadora fragancia del alcohol y el de exquisitas comidas golpearon su rostro e invadieron sus fosas nasales, después de haber puesto su mano en el picaporte, girarlo y abrir la puerta de la taberna.

Impresionado por el olor, nadie estaba ocupando las mesas ni la barra. Tampoco se escuchaban pasos en el piso superior ni que alguien bajase o subiese las escaleras de la izquierda. Estos detalles no le importaron en lo más mínimo a Kain: era una ventaja, pues tendría toda la bebida para él solo.

—La taberna está cerrada —informó un hombre detrás de la barra, calvo y panzón, vistiendo el característico estilo de un aldeano y dueño de una taberna—. Mejor sigue tu camino, extraño —sugirió con un tono de voz desagradable y ronco, mientras limpiaba los tarros con un trapo amarillento y sin mirar al recién llegado.

—¿Qué? —dijo un Kain sorprendido, aproximándose hacia la barra—. ¿Ningún tarro de cerveza para un viajero cansado desde Coorhagen? Te puedo recompensar bien, pues soy de sangre noble. —Intentó sobornarlo enseñando una bolsa llena de monedas de oro que dejó caer sobre la rayada madera.

—No abro para nadie en estos tiempos oscuros —rechazó el dinero sin haberlo admirado ni tocado, conservando la desapacible compostura—. Con la noche, vienen cosas que ningún hombre sano daría bienvenida.

Frío de corazón y alma, el aristócrata se vio forzado a continuar su camino en la amarga y larga noche. Recogió la bolsa y se marchó del establecimiento guardando sus quejas para él solo. Memorizó el rostro y complexión del tabernero, detalle a detalle.

«No tienes la menor idea de a quién has faltado el respeto, estúpido. Más te vale no cruzarte en mi camino en el futuro, o sufrirás las consecuencias.»

Pronto se olvidaría del adulto, pues se le presentaría otra clase de obstáculo con el que debería usar su espada inmediatamente.

—¡Es él! —exclamó un hombre a sus compañeros.

Kain fue emboscado por un grupo de bandidos minutos después de haber abandonado la taberna. Lo tenían rodeado, de norte a sur y de este a oeste. En total, eran seis, todos masculinos y no pasando más de los treinta años. Utilizaban colores oscuros para facilitar el camuflaje: Una camisa azul, pantalones, guantes y botas de cuero negras y cubrían sus cabezas con capuchas moradas. Como uno esperaría, iban armados: Dos sujetaban dagas y el resto, espadas.

—Esto sí que es interesante —comentó intrigado y llevando su mano derecha a la empuñadura de su espada, que había estado reposando en el cinturón de su cadera—. ¡Vengan! —exclamó, después de desenvainarla—. ¡Diviértanme!

De haber sabido que esta sería su última pelea, ¿habría escapado cual cobarde que valora su vida del campo de batalla? ¿O habría luchado astutamente, sin dejarse guiar por la extrema confianza que se tenía, a él y a su espada?

Una vez más, Ziegsturhl se convirtió en un sangriento escenario teatral, con su desvelada audiencia oyendo los choques de las cuchillas, los gritos de dolor y las escalofriantes risas de los actores.

Kain los eliminaba uno a uno con agilidad y destreza. A veces utilizaba su capa, que se había quitado y sujetaba con la mano contraria, para interferir en la visión de los que se le aproximaban e interrumpirían el combate con uno de sus compañeros. La sangre de sus enemigos bañó partes de su armadura y algunas gotas tocaron su rostro. Reía victorioso.

Sin embargo, se percató de un problema que consiguió ponerlo en aprietos: Si había eliminado a tres de ellos —el primero decapitado, el

segundo con el vientre rajado y las tripas afuera, y el tercero con la espalda cortada—, ¿por qué había cuatro más, repentinamente? Para asaltar a un solitario noble no se requería de tantos hombres, ¿o sí? Tratándose de un espadachín como Kain, saber moverse con sus respectivas armas y cooperar en equipo tenía que ser suficiente. Fallaban en lo segundo, por el entusiasmo y la prisa que tenían por asesinarlo, como si su cabeza tuviese alguna tentadora recompensa de la que no se hubiera enterado.

De no haberse distraído con estos detalles, Kain hubiera oído a sus espaldas las pisadas de uno de los bandidos justo antes de que este manchara su cuchilla cortando su pantorrilla, ganando definitivamente el combate. De cualquier modo, no hubiera podido escucharlo por todo el ruido que emitían los choques de las espadas, los gritos y bruscos movimientos. Desequilibrado, los encapuchados aprovecharon esta brillante oportunidad para abalanzarse hacia él y golpearlo sin cesar.

—¡Suficiente diversión! —clamó quien parecía ser el líder, deteniendo a aquellos salvajes y observando cuán miserable se veía el noble—. Terminemos esto de una vez —agregó, caminando hacia la espada de su víctima y alzándola desde la empuñadora.

—¡Acábalo! —animó uno de los bandidos—. ¡Ahora!

Kain intentó hallar fuerzas donde no había. Sus piernas no respondían y sus brazos temblaban cuando apoyaba sus manos en la seca tierra. Su cuerpo estaba muy dañado y agotado, convirtiendo una sencilla tarea en una imposible. Hiciera lo que hiciese, era en vano. Todas sus acciones eran inútiles.

«*¡Levántate!*», se ordenó a sí mismo, desesperado y asustado, por primera vez en su vida.

Hubiera jurado que una pequeña lágrima había brotado de uno de sus ojos. ¿Por dejar atrás esa vida llena de poder y riquezas? ¿Por su orgullo hecho añicos como el cristal de los espejos? ¿Por haber recordado a su madre, la mujer que no volvería a ver nunca más y quien sufriría por su partida?

Su propia espada fue enterrada en su espalda, arrancando de sus cuerdas vocales desgarradores alaridos.

Capítulo 3

Capítulo Dos: iVae Victis!

Vae Victis. La frase insignia del caído Kain: Sufrimiento al conquistador. He ahí su ironía: Ahora él era quien sufría. No se trataba de algo pasajero como el dolor físico, sino la rabia imponente y el hambre de venganza.

Como si las llamas abrasasen cada parte de su cuerpo, un insoportable calor lo invadió.

«—*iFantástico!* —pensó, aún con los ojos cerrados—. *Una hoguera. ¡Lo que me falta para cerrar mi arco de humillación!*»

Sin embargo, no se trataba de una hoguera. Tampoco del mundo humano.

Al abrir sus ojos, Kain descubrió un mundo que solamente conocía mediante libros fantásticos y sus ilustraciones y lo que se profesaba en la Catedral del Averno. Debajo de sus pies había un océano de fuego, donde mismo se podía apreciar el tormento de los pecadores suplicando misericordia, una segunda oportunidad para sus impuras almas. El cielo teñido de un rojo sangre, sin estrellas ni sol ni luna que lo acompañasen. Solitario y terrorífico. En vez del hermoso canto de las aves, se oían llantos y alaridos, junto al sonido de los instrumentos de tortura y las risas de sus castigadores.

Como un prisionero, ambas manos estaban atadas a dos anillas instaladas en un par columnas de piedra, conllevando a que sus brazos estuvieran estirados horizontalmente y de pie. Una posición para nada cómoda y hasta humillante para un noble como él. Pensándolo mejor, de cierto modo, era afortunado, al haber acabado sobre una gran roca y esposado... y empalado por su propia espada; la hoja le perforaba el pecho como si fuera mantequilla.

A Kain no le importaba si se encontraba en el cielo —dudoso— o en el infierno. Lo único que deseaba era aniquilar a sus asesinos, descuartizarlos, contemplar sus rostros despavoridos y oír sus encantadores gritos de terror... Oh, ¡icúan tentadora y fuerte era la venganza en un pobre desgraciado como él!

Alguien se acercaba. Los extraños pasos se escucharon por detrás y finalmente se detuvieron.

—Haz de pagar un precio si lo que quieres es cumplir tu deseo —comunicó el desconocido, que vestía un atuendo que combinaba con el

espeluznante lugar: Mortanius, el Nigromante.

¡Qué oportuno! El noble canalizaba la amargura del odio en una intensa sed de venganza, y apareció el Nigromante a darle el empuje que tanto necesitaba para saciarla. Por supuesto, Kain no se detuvo a pensar en la casualidad de este encuentro. Al contrario: Como un tonto, saltó sin vacilar hacia su oferta sin considerar el costo. «Nada es gratis. Ni siquiera la venganza» serían palabras que cruzarían por su cabeza en un futuro no muy lejano.

Mortanius no esperó más. Sujetó con su mano derecha la empuñadura de la espada y la separó del cuerpo de Kain. El aristócrata expresó el intenso dolor que lo atravesó liberando un fuerte alarido.

Libre al fin de sus ataduras. ¿Tan rápido había olvidado qué tan bien se sentía la libertad? Lo invadía la extraña sensación de haber estado preso por mucho tiempo...

El Nigromante le ofreció la espada como si esta fuese el contrato que firmaría una vez que la empuñase. La consecuencia formó parte de su miserable y eterna existencia: Su piel y cabello eran blancos como los copos de nieve que caían en la temporada de invierno o en las montañas, el iris cambió su matiz a unos brillantes e intimidantes amarillos como los rayos de sol, y su armadura la envolvió la oscuridad y el color de la sangre.

—Tendrás la sangre por la que estás hambriento...

§

Despertó al dolor de una nueva existencia, en una húmeda matriz de oscuridad y decadencia.

Pasando toda su fuerza al brazo derecho, el joven vampiro destrozó la tapa del ataúd en el que antes descansaba, acción que le delató su esfuerzo sobrehumano y ver la ventaja que tendría para aniquilar a sus homicidas utilizando solamente uno de sus dedos. Con sus manos hizo a un lado los escombros que le estorbaban y se apoyó en los bordes de la piedra para salir de allí.

Su cuerpo lo sintió pesado y entumecido, como si hubiese permanecido inmóvil por mucho tiempo. Decidió estirarse y ejercitarse un momento antes de continuar, y escuchó el crujir de sus huesos con cada

movimiento realizado. Esto lo alivió un poco.

Detrás del sarcófago había una gran pintura clavada en la rocosa pared: uno de sus cuadros inmortalizando su esencia humana.

Dos años atrás, pocos días después de su regreso del campo de batalla, Kain había mandado a construir su imagen en tela de lino posando de pie en la sala de espera, con el semblante serio y presumiendo su magnífica armadura. Colgaba en sus hombros una capa roja que terminaba por sobre las rodillas, recostando su brazo derecho sobre el respaldo de madera del sofá, que estaba siendo tapado por una manta de terciopelo rojo con relieves dorados. En el asiento carmesí estaba su casco. Su mano izquierda, en la cintura...

La capa roja y el borde dorado; el sofá rojo con toques dorados; la manta roja con relieve dorado; el fondo rojo y dorado... Sin lugar a dudas, cualquiera pensaría que esos dos tonos eran sus favoritos. Salvo el protector, que era plateado.

Su cólera acrecentó al ver a su yo humano, ser testigo de cómo esos infelices lo habían despojado de su espléndida vida... Pagarían con la misma moneda.

Se aproximó hacia las verjas que protegían su entonces descanso, las separó utilizando sus enguantadas manos para abrirse camino y así poder buscar la salida.

«*Aquí están todos ustedes*», pensó Kain, observando las tumbas apiladas una encima de la otra, utilizadas para construir las paredes del mausoleo.

Los miembros que conjugaban a la familia yacían en un mismo mausoleo del tamaño de una mansión. En las lápidas estaban tallados sus nombres, títulos y fechas de nacimiento y defunción. A diferencia de todos ellos, los ascendientes y sus padres eran los más importantes del linaje. Por parte de Lucrecia, ganado que venderían al mejor postor. Y gracias al desinterés por conocer la historia de sus antepasados y el papel que desempeñaría, Kain era un ignorante en ese sentido. La única información *valiosa* que poseía trataba sobre algunas conquistas y el apoyo a ciertos reyes.

El aristócrata no tardó mucho en descubrir la salida del laberíntico edificio. Dos grandes puertas de madera se interponían entre él y el exterior, llevó su mano derecha al frío tirador de acero y...

El mundo había cambiado ante sus ojos.

No esperó tal crueldad de la luz; no encontró comodidad en el sol, sólo malicia.

El agua de la lluvia le abrasaba la piel como ácido. En ese instante, aprendió que los vampiros astutos buscaban refugio cuando el clima amenazaba. Si sabía moverse durante la llovizna, toleraría un poco más el dolor y podría continuar con su travesía. Pero, como se mencionó, obligado estaría en ocultarse de una fuerte tormenta y esperar a que esta terminara.

Esto empeoraría a su tiempo, junto con otras cosas...

Ubicado en el extremo suroeste, el cementerio no era precisamente un sitio donde uno pudiera relajarse un momento o querer visitar a un ser amado. A los ojos de un extranjero, se trataba de unas meras ruinas. Para un habitante de Nosgoth, la misma Muerte les acechaba con cada uno de sus pasos. Aún no entraban a la época de otoño. La vegetación secó, como enferma... ¿O Nosgoth era quien enfermó? Probablemente este fenómeno era exclusivo del camposanto. No se le daba el mismo tratamiento que al jardín de una lujosa mansión. Se enterraba al difunto después del funeral y cada quien a sus hogares. Muy raras veces, por no decir casi nunca, se le veía al sepulturero recorrer el área y realizar sus demás labores.

No eran detalles que importasen a Kain. El menor de sus problemas era el estado de Nosgoth. No era su responsabilidad, después de todo. Además, tenía mejores asuntos que atender.

La llamada sed de venganza no entiende de hambre y fatiga.

El vampiro fue guiado por su oscuro deseo: Encontraría a sus asesinos y los enviaría de vuelta de donde vino.

Adentrándose más en el bosque del cementerio, dirigiéndose hacia el este, y aguantando lo posible la aflicción que las diminutas gotas de la helada lluvia le provocaban, Kain divisó a lo lejos una figura humana. Esta jugaba con una daga que sujetaba con la mano izquierda y reposaba la espalda contra el tronco de uno de los árboles. No estaba solo. Otros tres patrullaban por la zona, o eso aparentaban, tras reconocer aquellas vestimentas tan familiares.

«*iUn momento!*», se detuvo a pensar el albino antes de zambullirse en el mar de sangre que crearía con su espada.

¿Eran los mismos hombres que acabaron con él en Ziegsturhl? En Nosgoth, era normal encontrarse con diferentes pandillas de delincuentes merodeando por los bosques o aldeas desprotegidas como la ya mencionada. Los cazadores tampoco podían considerarse como *gente de*

fiar; sus prácticas diferían por mucho de la dichosa organización que, descaradamente, decían descender con «un orgullo que baqueteaba su espíritu». Entonces ¿qué le podía asegurar de que aquellas escorias no eran sino otras?

«*No le vendrá mal una pequeña barrida a Nosgoth.*» Kain deslizaba la yema de sus delgados dedos en el filo de la espada y sonreía sádico, oculto detrás de un árbol.

La temperatura descendió bruscamente, y una ráfaga de viento susurraba por entre la hierba y agitaba ruidosamente las hojas de los grandes sabios. La puesta de sol había llegado en el momento indicado. La luna no tardaría en reclamar su puesto.

—¿Ya anochece? —inquirió disgustado el segundo bandido, con la barbilla levantada para observar el atardecer púrpura—. ¿Cuánto tiempo llevamos esperando? —Regresó la mirada a quien sería el líder.

—Desde el mediodía —respondió éste, deteniendo el movimiento de sus manos con la daga y clavando sus ojos en su compañero—. ¿Asustado?

—¡No es eso! —exclamó indignado—. Estoy harto de no hacer nada. ¡El aburrimiento puede conmigo!

—Como si fueras el único —contestó en seco el tercero, quien hacía guardia en la dirección por donde entraría Kain, dándole la espalda a su grupo. Volteó su cabeza por encima del hombro y con los brazos cruzados—. El sol comenzó a ocultarse. No tardará.

El cuarto encapuchados permaneció en silencio y vigilando atento el este, camino que conducía de regreso a Ziegsturhl.

El segundo gruñó, y nadie aportó más a la conversación.

Kain, desde una distancia considerable, pudo escuchar con claridad la extraña conversación del grupo. No se necesitaba ser un clarividente para dar con el objetivo principal que había desatado dicha charla: estaban esperando a alguien. Pero ¿a quién? La sola idea de que podía tratarse de él mismo le generaba repelús y curiosidad. También satisfacción, si esos infelices resultaban ser sus asesinos —al menos unos de los tantos que aparecieron repentinamente durante la pelea—.

El sol ya no tocaba la tierra con sus cálidos rayos. La oscuridad comenzó a engullir a Nosgoth. Era seguro salir de su refugio y empaparse con el carmesí de sus victimarios, y saciar aquella siniestra y profunda sed que lo empujaba a llevar a cabo su meta.

—¡Ahí está! —exclamó el tercer bandido, alertando a su grupo—. Te daba por muerto, bastardo.

—¡Mátenlo! —ordenó el líder, preparándose para el asalto.

—¡Te hicimos caer una vez, podemos hacerlo de nuevo! —respondió confiado el segundo.

Al cuarto le temblaban las piernas y las manos que sujetaban una espada de dudosa calidad, como si no quisiera estar ahí.

Pobres tontos. No sabían a quién se enfrentaban en ese instante.

Sus caras burlonas se grabaron en su memoria para siempre. Kain había cruzado la muerte para este momento. Su mente estaba vacía salvo un pensamiento: ¡Matar!

Pudo espiar y sentir con sus agudizados sentidos los frenéticos latidos de sus jóvenes corazones y la sangre corriendo con desesperación por sus venas. Esbozó una temprana sonrisa victoriosa. Por mucho que se esforzaran en ocultar sus emociones, sus cuerpos delataban cuán asustados estaban. Sobre todo, el segundo; Kain alcanzó a oír el castaño de los dientes aun cuando apretaba fuertemente sus agrietados labios.

El aristócrata anunció el inicio del combate chocando su espada contra la carne de sus enemigos.

La tierra recibió sin asco las vísceras que resbalaron de la gran y profunda herida del tercero, después de que su vientre fuese rajado. Ese ataque no acabó con él en cuestión de segundos. El vampiro no le daría el lujo de partir al infierno, no sin antes agonizar y que el terror estuviese marcado en su semblante y en sus escalofriantes chillidos como los de un cerdo en el matadero.

Al segundo le cortó ambas extremidades superiores como si fuesen mantequilla. Los brazos regordetes impactaron en seco contra el suelo. Kain se deleitó con sus gritos, contemplar cómo la sangre brotaba del limpio corte y cómo éste se retorció del dolor cual babosa siendo arrojada por una fina capa de sal. La hemorragia era incontrolable; moriría en escasos segundos, a diferencia del anterior.

El líder, manteniendo la compostura y la cabeza fría, aprovechó la distracción para atacarlo por la espalda. Intento que le costó la vida. Rápidamente fue encarado por el vampiro y agarrado por el cuello con su mano libre. Kain no deseaba matarlo, no aún. La conversación pasada lo estaba inquietando y sentía la necesidad de sacarle de su lengua las respuestas. Sin embargo, la sed nubló su juicio y prosiguió con su venganza. Como si de un jugoso fruto que crecía de los árboles se tratase,

estrujó la nuez de Adán de su ahora víctima y la arrancó, despacio y feroz, con los dientes. La sangre fluyó al igual que una cascada, manchándole la boca, el mentón y parte del peto en el proceso. Saboreó por primera vez ese exquisito elixir que tanto codiciaban los vampiros.

—¿Qué truco es éste? —habló despavorido el cuarto, aferrándose al mango de su espada mientras retrocedía, sin apartar sus ojos del aterrador espectáculo.

Este último no fue un digno rival, como se predecía, y tuvo un destino mucho más rápido, inclusive piadoso, que el resto de sus compañeros: la cabeza fue separada del torso y rodó por el césped.

Ver el macabro rostro de Kain bañado en la sangre de esos bandidos podía producir todo tipo de pesadillas en las cuales él sería tu primera visita. Una lástima que el último humano no vivió para contarlo.

No hay mayor alivio que la venganza saciada. Con sus asesinos muertos, su búsqueda había terminado... Y ¿qué era lo siguiente? Su mente había nublado todos los caminos alternativos que originaría su objetivo. Entre ellos, el vacío.

Recordando la pintura y los materiales de su mausoleo, y reconstruyendo en su mente el ataúd que él mismo había destruido para escapar, no llevaba mucho tiempo muerto. ¿Días? ¿Semanas? Si fuera un mes, ya habrían acumulado una importante cantidad de polvo y telarañas, y el cuadro se habría estropeado. En muy poco tiempo, ¿qué tanto cambió Nosgoth? ¿O él era quien, en realidad, lo hizo? Conociendo el historial del cementerio, guiarse por su mala presentación no era buena idea, pues ¿por cuánto llevaba viéndose así? No era un lugar que su familia visitase con frecuencia, ni siquiera el propio Kain... hasta este fatídico día.

—Esto no ha terminado, Kain —comentó de repente una voz que no tardó mucho en identificar: Mortanius se comunicaba telepáticamente con él—. Estos tontos sólo fueron instrumentos de tu asesinato, no los causantes.

—¿A qué te re...?

Antes de que el desafortunado Kain pudiese reclamar, el Nigromante agregó:

—Busca a sus amos. Busca los Pilares. Y ábrete camino a la Fortaleza de la Mente.

La voz de Mortanius se desvaneció en el aire. No indagó más sobre la mente maestra detrás del crimen. Tampoco le advirtió de las responsabilidades que acarrearía su resurrección y, por las prisas, Kain tampoco

pensó en ninguna. ¿Su *regalo* era una maldición? Fuera lo que fuere, estaba decidido a buscar los Pilares para una pronta respuesta.

«Los Pilares están después de Ziegsturhl. Allí fue donde tuvo lugar mi sangriento asesinato... No tendré piedad con los que no me ayudaron. Probarán mi acero y yo, su sangre.»

§

Los Pilares de Nosgoth. Incluso en vida, pocas vistas lo habían conmovido tanto como ésta. Le sobrecogió que algo tan hermoso engalanara este decrepito mundo.

Los materiales utilizados para su construcción fueron la porcelana y la piedra caliza. La magia de los Antiguos fue el ingrediente secreto para completarlos.

Su arquitectura disponía de ocho Pilares formando un semicírculo alrededor del noveno y principal Pilar, el del Equilibrio. En su centro, sus respectivos símbolos arcanos estaban tallados en lo que parecía ser un anillo con los que demuestran iniciar su edificación y levantarse hasta perderse entre las espesas nubes del cielo:

El del Equilibrio era cerúleo y su símbolo era un triángulo con sus dos inclinados lados apenas curvados hacia adentro. Kain recordó a los platillos de la ley de la balanza sujetos por delgadas cadenas de plata.

El de la Mente era lila y su símbolo contaba con dos curvas abiertas, una al lado de la otra, encarándose, y otras dos onduladas colocadas encima de estas, como uniéndolas. Podría ser que simulara al cerebro.

El de la Naturaleza era verde como el césped y su símbolo parecía representar a la tierra y al sol sobre ella: La tierra parecía una rara letra "C" acostada y el sol era un diminuto círculo.

El de la Energía era morado oscuro y su símbolo recordaba a la letra "B", con la línea acertaba hasta la primera curva y la última curva alargándose hacia abajo. ¿Quizá representaba a un rayo produciéndose entre el cielo y la tierra, si invertimos el símbolo?

El del Conflicto era rojo punzó y su símbolo era un círculo siendo atravesado por arriba por una línea cuya punta estaba inclinada hacia abajo, como el filo de la espada y el mango. Una pequeña curva estaba

pegada al lado izquierdo de la primera figura.

El de las Dimensiones era un verde cálido y su símbolo era una "X" con una línea horizontal atravesando la unión por debajo. El vampiro no pudo hallar a aquello que podría estar representando con exactitud, aunque su nombre era más que claro: Cuando se habla de otros mundos, las personas siempre se referían a este pilar. La Dimensión Demoníaca, el Infierno y el Cielo eran lo más comentados.

El del Tiempo era dorado y su símbolo representaba al reloj de arena. Por su simplicidad, no había mucho que agregar.

El de los Estados era un gris claro y su símbolo contaba con tres curvas que simulaban el ojo humano y un pequeño círculo colocado arriba a la derecha.

El de la Muerte era negro como la noche y su símbolo era como la letra "H", con una línea corta y otra alargada, las de abajo. La central también estaba alargada. Era probable que el dibujo se refiriera a la inicial de *Hell*.

La plataforma también estaba adornada con diferentes símbolos labrados en oro dentro de un gran círculo, hecho con piedra negra. Dos escaleras de cinco escalones sobresalían de la circular plataforma, una a la izquierda y otra a la derecha, ambas conducían directo al Pilar del Equilibrio.

Sin vacilar, Kain se acercó al monumento y subió sus cortos escalones.

—Nupraptor, tu locura te ha cegado y destrozado nuestros sueños
—habló una fantasmal y melancólica voz femenina.

—¡Mantén tu distancia, o te regresaré al infierno, espíritu! —clamó el peliblanco.

—Nada queda para temer de mí, vampiro.

Una joven mujer hizo su aparición detrás del Pilar principal, revelando su etérea y flotante figura, rodeada de blancas vendas que simulaban un largo vestido y carente de extremidades inferiores. Ocultaba el lado izquierdo de su rostro.

—Sólo soy una sombra de mi antiguo ser: Ariel, el Equilibrio del Círculo de los Nueve. Aun así, puedo darte las respuestas que buscas.

—Sólo busco una cura.

—No hay cura para la muerte, sólo la liberación. —Ariel se acercó a Kain, enseñándole su demacrada cara y la exhibición de su cráneo. Recordaba a

las dos caras de una moneda—. Debes destruir el maleficio que está envenenando Nosgoth. Sólo entonces encontrarás paz. Los Nueve Protectores de la Esperanza juraron usar sus poderes para preservar nuestro mundo... pero los Pilares se han corrompido por un traidor. Mi asesinato en manos de esta bestia volvió loco a mi amado Nupraptor. Ahora él esparce miseria y dolor entre el Círculo, despedazando los cimientos de Nosgoth. Debes restaurar el equilibrio, debes restablecer los Pilares de Nosgoth.

—No me importa el destino de este mundo —se sinceró. ¡Vaya que estaba siendo muy sincero con esa declaración! Y ese desinterés aún lo mantendría como vampiro... O, tal vez, no como ahora.

—Entonces por ti, Kain —sugirió la guardiana. Antes de desaparecer, agregó—: Ten cuidado de *El Innombrable*.

Nupraptor, con su ciego acto de venganza al hallar el cadáver de su amada, amenazó con destruir todo Nosgoth. Cada miembro del Círculo estaba vinculado al Pilar que servía. Estos reflejaban el estado psíquico de sus sirvientes, y como las mentes del Círculo se degeneraron y cayeron más allá de la demencia, los Pilares colapsaron. La única forma para restablecerlos era asesinando a cada miembro. El artefacto que los conectaba tenía que devolverse a su correspondiente Pilar. Según Ariel, la maldición de Kain terminaría sólo cuando estos fuesen restablecidos.

Y así, la caza por Nupraptor comenzó.

Capítulo 4

Capítulo Tres: El Guardián de la Mente

Un vampiro poseía dones que cuando humano jamás hubiera obtenido:

Para ganar zonas de mayor alcance o acortar camino, Kain tendría que aceptar una horrorosa transformación durante la luna llena: Su sangre comenzó a hervir y a quemar su carne. Cada uno de sus huesos se deformó, y junto con el tejido muscular y órganos, moldearon una forma canina; ya no caminaba en dos pies, sino en cuatro patas. Un pelaje oscuro como la noche cubrió su pálida piel. La armadura desapareció. Los dientes incisivos, premolares y molares se afilaron, pero no más que los feroces colmillos nacarados que aparecieron en el hocico de la rabiosa bestia.

La elegante luna fue la única espectadora privilegiada de esta magnífica metamorfosis.

Normalmente un licántropo habría perdido toda conciencia humana, enjaulado en su instinto animal. Esto, a los vampiros, no les afectaba; Kain aún reconocía su posición, aún recordaba su persona, su vida, la tarea encomendada por Ariel e identificaba a sus enemigos.

La transformación no fue divertida para el noble, pero sí lo eran sus beneficios: Esta la permitía escalar montañas y saltar pequeños lagos para llegar al otro lado. Era veloz como los vientos de tormenta. Sus gruesas, largas y filosas garras descuartizaban a sus presas como si estuviesen hechos de papel.

No obstante, el joven vampiro comprendería que recurrir a este poder traía una desventaja que tenía prohibido ignorar y olvidar: La magia tenía sus límites y su cuerpo aún no era lo suficientemente fuerte como para tolerarla por mucho tiempo. Si descansaba y continuaba alimentándose, recuperaría poco a poco la *Energía Mágica*. Caso contrario, se abstendría a las consecuencias de quedar indefenso. Al principio le fue una gran molestia, pero supo adaptarse a este nuevo descubrimiento.

Cuando la transformación llegaba a su fin o se ocultaba entre las sombras del resplandor de la luna, recuperaba su forma original.

Durante el largo camino tuvo que manchar más de una vez la hoja de la espada contra bandidos, cazadores y sus fieles perros de caza y algunos lobos que merodeaban por el bosque.

Uno de los tantos templos de Nosgoth se interpuso en su camino. Si quería continuar, estaba obligado a aventurarse en sus entrañas. Ahí, enfrentó peligrosos obstáculos que enviarían al otro mundo a cualquiera que diera el primer paso en falso en medio de la densa oscuridad.

Al ser un *recién nacido*, los ojos de Kain aún no estaban desarrollados para ver en la oscuridad como los murciélagos. Cuidó sus pasos agudizando sus sentidos auditivos y apoyó sus manos en las frías paredes como un intento de guía. Atento, pudo esquivar a los esqueletos que, con ayuda de una magia que desconocía, estallarían con tan solo tocarlos.

No tenía idea de por qué tenía que superar este pequeño templo de piedra. Tampoco entendía por qué había que cruzarlo para llegar al pueblo de Nachtholm, ubicado al oeste, con todos los peligros que suponía... ¿O es que pasó por alto un atajo que permitía ignorarlo y seguir el recorrido con seguridad? La última vez que estuvo en ese pueblo fue cuando niño, y el carruaje, al venir desde Coorhagen, tomó una ruta diferente hacia el sur. Él, al provenir desde los Pilares, el recorrido le era nuevo.

Llegó a lo que sería el altar del edificio. Sobre la mesa de piedra, una esfera se encargaba de alumbrar las rocosas paredes de la pequeña sala, del mismo modo que el sol a la tierra. Curioso ante su inofensivo destello, la tomó entre sus manos y esta fue absorbida por su cuerpo, adquiriendo un nuevo poder que le sería de mucha ayuda para encontrar la salida: Era cierto que la luz natural debilitaba a los vampiros, pero la luz artificial podía resultar muy útil.

Gracias a este conjuro, pudo hacer frente a las amenazas que acechaban cerca de su escapatoria invocando proyectiles mágicos que lo seguirían, fuera hacia donde fuere. Lo ideal, hasta entonces, era protegerse detrás de una pared o una pila de piedra y esperar el momento exacto para dar el golpe o correr.

¿Guardianes, quizás? No encontraba una razón lógica por la cual estas criaturas esqueléticas, vestidas con harapos que pretendían ser finas túnicas, existiesen. Tampoco podía determinar si eran muertos vivientes o unos pobres infelices destinados a cumplir este rol. Y no sería la única vez que se toparía con estos.

Kain reconoció la libertad cuando la luna, traviesa, lo recibió cubriéndolo con su pálido manto... Y la bestia despertó de su pequeño letargo. Aprendería a controlar la transformación con el paso del tiempo.

El tortuoso viaje valió la pena.

Ubicada al norte de los Pilares y al sur de Steinchencröe –ciudad en la que los nobles como Kain no pondrían un pie–, se encontraba la aldea de Nachtholm, típica de la clase campesina de Nosgoth. Entre granjeros y herreros de la pacífica vida campestre abundaban orgullosos bandoleros y tacaños. Fue construida en pequeñas islas conectadas con puentes de madera resistente, en medio de la Ensenada Nachtholm. Era famosa por la producción de bebida alcohólica; no por nada contaban con varias tabernas y pequeños barcos preparados para zarpar y vender la mercancía. También tenían una armería, pero la calidad no se comparaba a la de sus rivales.

El puerto estaba atestado de marineros yendo de aquí para allá, dándose órdenes entre sí y ayudándose mutuamente a preparar las cargas que tenían que transportar. Algunos terminaban de subir al barco los últimos barriles de alcohol, haciéndolos rodar con ambas manos y guiarlos al interior de la nave. Hasta un infante notaría las prisas que estos tenían. El viento comenzaba a soplar con un poco más de fuerza de hacía unas horas atrás, y el olor a lluvia anunciaba la aproximación de la tormenta.

Kain consideró absurdo querer partir con este pronóstico, pero eso no era su problema. No iba a ser él quien subiría al navío. Si las aguas comenzaban a azotar el barco durante el viaje y ahogaba a esos hombres, que el destino hiciera lo suyo.

Continuó su camino como si fuera alguien más de la aldea. Debajo de la capucha de la capa, que robó a uno de los bandidos que había masacrado en el bosque, observaba los movimientos de los habitantes: algunos conversaban entre ellos; otros hacían sus compras del día; otros, parecían desesperados por acabar los deberes antes de la llegada de la lluvia.

Largos cabellos rojizos como la época de otoño captaron la atención del vampiro, quien ladeó la cabeza en dirección a un puesto de frutas después de detenerse. Kain confundió a una simple campesina con Lucrecia. Nostálgicos y agridulces recuerdos aparecieron por su mente, junto con la imagen de la misma. Le era gracioso que, ahora, sí le daba la atención que nunca aceptó brindarle cuando la tenía delante: Su prima se había convertido en una candente señorita, una belleza que hechizaría a cualquier hombre de Nosgoth al punto de desear el querer tenerla para sí mismo. Fácilmente se la acusaría de haber recurrido a la brujería, aun siendo una ordinaria aristócrata.

Kain ponía a su antes futura esposa por debajo de su pirámide imaginaria, teniendo en la cima a sus amadas peleas y su riqueza. Si le apetecía calentar cada centímetro de su cuerpo por culpa del gélido aliento de la noche, o querer divertirse un rato, o ambas cosas, los burdeles estaban a su disposición, y no se vería obligado a permanecer atado a una sola mujer por el resto de su corta vida.

No odiaba a Lucrecia. Ambos fueron comprometidos a muy temprana edad y no tenían voz para rechazar esa unión. Uno de los principales motivos por los que Kain escapaba, excusándose con un viaje de varios días, era para que ella disfrutara un poco más de aquello que sus tíos querían separar de su segunda hija: Libertad. Así como él tenía su amorío, Lucrecia amaba sentirse cual ave fuera de su jaula; prohibírsele con ese anillo en su dedo era como prohibirse él mismo, y detestaba la ironía.

«*Me pregunto cómo estarán*», se preguntó, refiriéndose a su familia. Pensó en su preciada madre, a quien no evitó imaginarla destrozada por la pérdida de su primer y único hijo y recordar que ella le había confesado querer partir primero.

La peor aflicción para un padre es que su retoño muera antes que él, tener presente que no lo verá crecer y tampoco compartirá sus últimos momentos de vida. Anhelaba reencontrarse con su progenitora, pero era más que obvio que le dará un susto si lo veía fuera de su tumba y pálido como un fantasma. Posiblemente con la peste a muerte impregnado en él. Peor sería cuando ella tocara su rostro o mano sintiera cómo el frío recorría su médula espinal, presenciar que aquella persona no era más que un cadáver andante sediento de sangre imitando al difunto Kain.

§

La ciudad de Steinchencröe era famosa por traer consigo el infame aroma de sus habitantes. En vida, Kain no hubiera agraciado el lugar con su presencia. Ahora en la muerte, se unió al hedor. Aun con su aspecto ramificado, su principal población era campesinos que morían por su mala higiene.

Sentado en la penumbra de un tranquilo rincón, como oculto del ojo público, un anciano de nombre Irmok, quien se autoproclamaba «Irmok, el Loco», vestía una túnica marrón y vehemente revolvía con una vara de madera lo que parecía ser una sustancia espesa y verdosa como el césped. Del interior del caldero se elevaba vapor.

El vampiro hizo una mueca de asco y cubrió la mitad inferior de su rostro con una mano en cuanto un olor rancio alcanzó sus fosas nasales.

—Los bastardos de Steinchencröe me rehúyen como Nosgoth los rehúye a ellos —habló éste de repente. Se podía percibir cierto odio en el tono de su voz. Luego agregó, sin darle espacio a Kain para que le respondiera o hiciera algo, y como si hubiera simpatizado con este con su sola presencia—: Sé lo que es ser diferente, vampiro. No te tengo miedo, pero recuerda esto: Habrá otros que te hablarán si sabes escuchar.

§

Un pequeño campamento gitano estaba instalado cerca de la entrada a la ciudad de Vasserbünde, al norte de Steinchencröe: Los cíngaros, maestros de la superstición y el engaño. Mucha de su verborrea tenía que ser tomada con escepticismo puesto que con frecuencia jugaban con las cansadas mentes de los viajeros; sin embargo, unos cuantos sí que tenían algo interesante que decir.

Sin necesidad de visitar a una gitana para conocer su futuro o su suerte, Kain batalló contra algunos de ellos que pretendieron darle caza en cuanto lo descubrieron pisando *sus* tierras. Estos no blandieron sus espadas por algún tipo de recompensa impuesta por los cazadores, o un gremio, o por una persona influyente, sino por la protección de su propia gente.

Sembrada la semilla del terror y del caos en aquel modesto asentamiento, Kain ingresó como si fuera su casa a una de las coloridas carpas y se deshizo de una gitana que lo esperaba, empuñando una daga. Dos niños se abrazaban temblorosamente y les era difícil apartar la vista del intruso, escondidos detrás de una pila de cajas. El vampiro no hizo de la vista gorda, pero no estaba interesado en aquel dúo. Se agachó e inspeccionó el cadáver de la mujer sin un ápice de remordimiento ni compasión por los pequeños. Encontró una máscara de cara completa entre las ropas y no tardó en reconocerla: Si se la colocaba, le otorgaba el perfecto camuflaje: Cambiar su muerta apariencia por la viva de un mortal. Hacerse pasar por humano tenía sus grandes ventajas: Reducía los intentos de agresión hacia él y le permitía extraer mayor cantidad de información interesante. Aun así, el hechizo era débil, y si intentaba atacar se desvanecería.

Los llantos de los dos niños perforaron sus oídos cuando abandonó la

tienda.

Antes de cruzar el puente que conectaba con la ciudad, Kain hizo uso de la máscara y se mezcló entre los campesinos. Ninguno parecía voltear a verlo siquiera para examinarlo con la sola mirada. Los pocos guardias que protegían los caminos de tierra eran los únicos que sí ladeaban la cabeza cuando se cruzaban, pero no captó la atención necesaria como para chocar la hoja de la espada contra las lanzas que sujetaban entre sus manos.

Los canales de Vasserbünde fueron alimentados por la cascada que se formó en el Retiro de Nupraptor y desembocaron en el Lago de las Lágrimas. La gloria de la ciudad estaba estacada y apagada... eclipsada en la sombra inminente de la reclusión del Guardián. Como un niño confiado cerca del oscuro edificio.

Mientras admiraba desde lejos el desolado paisaje, los oídos de Kain se agudizaron cuando un guardia se puso a conversar con una joven pareja.

—Nupraptor tenía sirvientes —recordó el de la armadura—. Ustedes eran muy jóvenes como para recordarlo: Años atrás, uno escapó del refugio y rodó hasta nuestra aldea. Estaba desquiciado, y su piel y pelo blanco como una hoja de papel nos asustó con sus gritos.

Hubo un escalofriante suceso en Vasserbünde, a plena luz del día. Kain anduvo por la ciudad en uno de sus viajes y se convirtió accidentalmente en un testigo:

El sirviente rondaba entre los cincuenta y sesenta años, plagado de cicatrices inclusive en su arrugado rostro al punto de ser irreconocible, con sus ropas desgastadas y manchadas de sangre. Pero si había algo que nunca iba a poder borrar de su memoria, esa era la retorcida expresión de desesperación, tristeza y terror, con esos ojos hinchados que creerías que estallarían en cualquier momento. Algo quiso comunicar entre sus desgarradores gritos, pero las palabras eran inentendibles, balbuceaba como un bebé. Unos minutos después de agonizar, cayó en seco al suelo y no volvió presentar señales de vida desde entonces. Sólo Dios sabe qué tormento vivió ese desdichado hombre.

El relato del guardia finalizó con la exclamación de la muchacha llevándose una mano a la boca por el asombro. Su compañero sólo se limitó a negar. Kain había escuchado varias conversaciones a lo largo de su caminata, pero no todos sonaban tan interesantes como...

—El corazón del rey llora por su hija —contó un campesino a otro—. Alguien robó su alma, ¿sabes?

Nosgoth estaba llena de sorpresas. ¿Cómo sería *imposible* despojarle a alguien su propia alma? La magia no conoce de límites. En ese instante, Kain tuvo una corazonada de que su camino se cruzaría con el del rey, tarde o temprano, como si estuviera predestinado y tuviera que rescatar a la princesa a cambio de un favor... No todas las corazonadas se cumplen. Mejor olvidarse de ello y centrarse en la cabeza del Mentalista.

El Retiro de Nupraptor yacía al oeste de Vasserbünde. Estaba dispuesto a arrancar de raíz el cáncer de su corazón. En cuanto puso un pie en la salida de la ciudad, un exhausto anciano lo detuvo sujetándolo del brazo.

—¡Cuidado, extraño! —alertó con voz ronca y arrastrando las palabras—. Hubo otro ataque de vampiros la otra noche.

Sería una excelente oportunidad para socializar y hacer nuevas amistades, pero la cura a su maldición era mucho más importante que eso.

Con una falsa sonrisa y conteniendo sus ganas de blandir la espada contra el indefenso anciano, Kain agradeció el aviso y prosiguió su camino una vez que la extremidad fue liberada del agarre. Si no tuviera una excusa que validara su acción de dejarlo con vida, probablemente hubiera golpeado al decrepito hombre o cortarle la mano, por haberlo tocado. Se preguntó cómo era él ante los ojos de los humanos. ¿Un campesino? ¿Un mercader? ¿Un enfermo? ¿Una persona ordinaria de pies a cabeza? Dudó que fuera la imagen de un noble, porque nadie se atrevería siquiera a dirigirle la mirada sin antes haberse inclinado ante él y besarle las botas... Aunque cabía la posibilidad de que sí lo fuera, pero uno de baja nobleza, un rango que ni siquiera los plebeyos respetarían.

—¡Espere un momento, joven! —lo llamó el mismo anciano. Kain liberó un suspiro y se detuvo nuevamente—. He oído que hay un campo de bandidos al norte de aquí. También he oído rumores de una gran agitación en la misma dirección.

Nosgoth era una caja de sorpresas. Siempre había algo nuevo. Nunca venía mal un poco de información, por más insignificante que fuera. Como el detalle de que el mayor se «refirió» a él como joven. ¿Será la misma imagen para los demás? En cuanto a las advertencias: La primera le aseguraba una oportunidad de saciar su intensa sed y divertirse un rato con los desgraciados, y con la segunda, revivió aquellos campos de batallas que tanto echaba de menos.

—Agradezco mucho el aviso, señor —dice Kain. Y rápidamente retomó su caminata hacia las entrañas del bosque, antes de que la boca del viejo decidiera a abrirse y soltar otra cosa.

§

El viento portaba alaridos desde el oeste. El vampiro no podía más que sonreír. Alguien en este mundo estaba sufriendo más que él.

El Mentalista era conocido por sus trucos mentales, telepáticos y telequinesia. Muchos eran los que peregrinaban en busca de sus falsas curas, pero Kain no venía en busca de su sabiduría...

Las impresionantes fauces de la guarida de Nupraptor arrojaban sobre Nosgoth todo su dolor y miseria. La enfermedad clamaba ser erradicada. ¡Y qué buena forma de hacerlo que adentrarse en su fortaleza llena de trampas mortales y con una iluminación tan apagada y roja!

La mano izquierda de Kain comenzó a brillar cuando invocó en silencio el conjuro que había conseguido del templo. La luz artificial ahuyentó a las sombras y reveló a los hechiceros que invocaban a sus criaturas para eliminarlo. Si así de desafiante era la guarida de Nupraptor, lo estaba gozando como nunca y podía poner a prueba sus habilidades vampíricas, excitarse con el sufrimiento de sus rivales y empaparse con la sangre.

—¿Te atreves a adentrarte a mi santuario? —Nupraptor se manifestó mediante la telepatía. Parecía enfadado más consigo mismo que con el intruso. Entonces exclamó encolerizado—: ¿No puedo guardar luto en paz? ¡Vete! Déjame en completa soledad.

En una de las habitaciones de la fortaleza, los restos de cadáveres humanos estaban esparcidos en cada rincón, teñida de un líquido carmesí que asaltó su instinto. El muy cretino desperdiciaba la vida y la dejaba derramarse por los suelos. Este derroche era todo un disparate para el noble vampiro.

«Quizás Nupraptor necesita recibir una lección sobre el valor de la sangre.»

El breve sonido de unas cadenas moverse ganó toda su atención, dirigiendo la mirada hacia uno de los cadáveres que estaban encadenados contra la pared. Una joven tenía las piernas flexionadas, con las rodillas cerca de tocarse entre sí, y los brazos extendidos hacia arriba y la cabeza gacha. No tenía un aspecto saludable. La piel había perdido su color, tomando un pálido tono amarillento. Había encontrado a una de las criadas de Nupraptor, desquiciada y asustada, balbuceando palabras entrecortadas a través de su ensangrentada y rota dentadura. Aunque estuvo tentado por la sed en cuanto la vio vulnerable, le permitió que

contara su historia tendiéndole la mano después de que cayera al suelo tras liberarla.

Ella habló de su señor Nupraptor, llevado a la locura por el brutal asesinato de su querida Ariel, nombre que hizo que Kain arqueara una ceja. También contó de su automutilación, cuando se cosió los ojos y los labios para renegar del mundo exterior. Alimentado por la desilusión y la desesperación, volvió su magia contra el Círculo, afectando a sus mentes con su locura.

—Mi señor ya no se preocupa por nada ahora, salvo por su patética autocompasión —agregó la muchacha, sollozando y quejándose del dolor que azotaba su cuerpo—. Cicatrices como las tuyas nunca sanarán a como sí lo harán las mías. La muerte no sería sino misericordia...

—¿Qué es lo que deseas a cambio? —preguntó Kain con voz serena y conservando su imponente compostura.

Kain pudo embelesar la belleza perdida de la criada cuando esta alzó la cabeza para encontrarse con los dorados ojos del vampiro, posiblemente recordando al sol que ya no había vuelto a ver en mucho tiempo. Los mechones rojos se confundían un poco con la sangre coagulada en su enferma y magullada piel. Inclino apenas la mirada hacia la espada que él aún empuñaba con la mano derecha. Separó los blancos y agrietados labios para hablar una última vez:

—Quiero descansar en paz...

§

Sentado en un sofá morado, con ambas extremidades superiores apoyadas en los reposabrazos de madera y, para nada predecible, el Mentalista aguardaba la llegada de su verdugo. Una túnica del mismo color que el asiento, con toques verdes claro, cubría su maltrecho cuerpo.

El aspecto era... desagradable, espantoso. Esa cosa no era humana, o había dejado de serlo. Su rostro, que parecía estar siendo chupado desde dentro, delataba su delgadez. La piel grisácea como el nublado día había perdido todo rastro de calidez con el paso de los años... Y la cabeza... ¿Acaso ese orbe verde era el cerebro o parte del cráneo? La boca y los ojos estaban cosidos con hilos manchados de sangre. La muerte sería un espléndido regalo para el desventurado.

A su lado, el guardián Círculo de los Nueve estaba presente para cumplir su tarea y retó a Kain con su lanza.

—Así pues, Malek, ¿una vez más has vuelto a fallar al Círculo?
—interrumpió Nupraptor en un tono burlesco. Y exclamó—: ¡Vete, paladín!
No necesito tu protección.

El casco del antiguo Sárafan ladeó hacia el Mentalista, mirándolo por sobre el hombro. Alejó la punta de la lanza del vampiro y obedeció la petición de su Amo, y la armadura se desvaneció en diminutas partículas de luz.

Una vez solos, Nupraptor gesticuló con la mano.

—Acércate, Kain. ¡Ven! Comparte mi dolor...

«Así que este es el Mentalista Nupraptor, este pequeño y deshecho patético hombre. A pesar de sus lesiones, no cabe duda que opondrá resistencia», caviló para sí mismo. Pero estaba equivocado.

—¡Muy bien, viejo estúpido! —clamó Kain, desenvainando la espada—. Si es la muerte la que buscas, no te la negaré.

Con tal de facilitarle el trabajo de restaurar su Pilar y pusiera fin a su miseria para reunirse con su amada, Nupraptor no utilizaría todo su poder contra Kain.

El Mentalista hizo el primer asalto creando bolas de energía que irían a por el novato para debilitarlo y confundirlo... si no fuera porque dos de ellas, de cada ataque que ejecutaba, desaparecían para así darle paso.

Estando tan cerca el uno del otro, Kain respondió con un corte de la hoja, fallando en el intento. Nupraptor lo sorprendió por detrás lanzándole un cráneo por la espalda, derribándolo y despertar su furia.

«Derribado por un ataque de niños...», pensó encolerizado.

Y esa misma ira dejó satisfecho al Guardián gracias a su habilidad Empatía, que le permitía no sólo conocer lo que los habitantes de Nosgoth pensaban y sentían, sino que también podía sentirlo él mismo.

Kain blandió su espada y decapitó sin remordimientos a su presa. No lo pensaba de manera literal, pero quizás la cabeza de su amado convencería a Ariel de que estaba llevando a cabo la tarea.

—Ay, pobre Nupraptor, lo conocía bien... —dijo, y una risa gutural se

escuchó de su parte—. Bueno, no en realidad.

Fuera de la fortaleza y con trofeo en mano, un victorioso Kain dividió su cuerpo en cientos de murciélagos y aleteó hacia los Pilares.

§

—La muerte en el Círculo da un soplo de vida a los Pilares —habló Ariel con indiferencia tras ver la cabeza del Guardián en las manos del recién llegado. Con su mano derecha, señaló a los Pilares—. Por cada Pilar existe un artefacto y sólo con éstos serán restaurados.

Entendiendo a lo que ella se refiere, Kain observó cómo el Pilar de la Mente aceptó como ofrenda la cabeza de su representante después de colocarla cerca, disolviéndose en la piedra, y siendo así restablecido.

Nupraptor no fue más que el inicio.

Mancillados para siempre con su locura, el Círculo estaba más allá de la redención. Para ellos, su perdón estaba sólo en la muerte. Y con el vampiro, su liberación.

Pero, antes que nada, tenía que derrotar a su protector: Malek, el defensor de los Nueve, se guarecía en un torreón lejos hacia el norte, cruzando Vasserbünde.

Iba siendo hora de desafiar la cólera del Pilar del Conflicto.

Capítulo 5

Interludio:

El Dolor del Amante

Ese día, grisáceas y espesas nubes habían obstruido los rayos del sol, envolviendo a Nosgoth en las tinieblas y bañándola con sus lágrimas.

Gruesas agujas atravesaban mi corazón y una profunda tristeza carcomía mi alma. Corrí a toda prisa hacia mis aposentos y observé por el ventanal los Pilares. No divisé una señal de corrupción o un maleficio apoderarse de ellos. Todos estaban intactos. Entonces, ¿por qué tenía una inquietante corazonada? Recé porque esto no fuera así, que el repentino cambio de clima no tuviera nada que ver *contigo*, que fuera solamente eso: un cambio de clima.

—Necesito verla —pensé en voz alta, y ordené a mis sirvientes prepararme uno de los caballos lo más pronto posible.

«Ariel, ¿por qué no puedo sentirte?»

Por más que te pensé con todas mis fuerzas, no pude escuchar tus pensamientos, no pude sentir tus emociones ni sentimientos, no pude sentirte.

Me apresuré en llegar a la salida, esquivando las preocupaciones y curiosidades de mis estudiantes, consultores y servidores.

—El caballo está listo, Señor —informó el anciano palafrenero, esperándome en la puerta—. ¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé, no estoy seguro. Y espero que no sea nada malo —le respondí, sin detener mis rápidos pasos y sin voltear a verlo.

No estuvo satisfecho con esas palabras, pero no se atrevió a preguntar más.

Monté el animal de oscuro pelaje y di la orden de galopar como si no hubiese un mañana.

Crucé por las calles de Vasserbünde. Asusté a los ciudadanos que iban circulando; uno a uno se hicieron a un lado. No atendí a los tantos pensamientos y emociones que me fueron transmitidos. Mi mente estuvo ocupada ahora con dos cosas: No herir a nadie y estar a tu lado...

Una vez que hube llegado...

En las entrañas de tu santuario encontré tu cuerpo acostado bocabajo en un charco de sangre. Mis brazos te levantaron y mis manos tocaron la herida que puso fin a tu historia.

Mi tacto sintió la ausencia de tu calor.

Mis ojos me convirtieron en el único testigo del terror y del dolor reflejado en tu mirada.

Mis lágrimas amenazaron con humedecer mis mejillas, nublar mi visión y caer sobre tu pálida piel.

Un traidor. En el Círculo, un traidor me arrebató tu sonrisa. ¿Por qué dudar de nuestros hermanos guardianes? Ninguno aprobó nuestro amor por temor a que los mutuos sentimientos interfirieran en nuestros deberes.

No les he permitido salirse con la suya: ¡Los seis sufren conmigo! Y Nosgoth, la vasta tierra que ellos mismos juraron proteger y purificar de los vampiros, ¡perece gracias a sus propios guardianes!

Sin ti, Nosgoth no vale nada. Tampoco merece la pena continuar mi papel como guardián.

¿Han pasado treinta años de tu partida? Qué extraño. Juraría que no he sentido el paso del tiempo. Ahora, un vampiro viene en camino a poner fin a mi dolor.

Aceptaré con gusto la oportunidad.

Mi amada Ariel, volveremos a estar juntos en el más allá. Espérame un poco más.